

BUEN HUMOR



40 CENTIMOS



—El marido.—Mira; dice esta revista que las mujeres feas son las mejores esposas.

—La mujer.—¿Me dices eso para llamarme fea?

—El marido.—¡Todo lo contrario, querida!

Dib. BOSCH.—Barcelona.



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	9 pesetas.
Semestre	16 —
Año	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12
Número suelto	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605. Habana.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

LOS FAMOSOS POLVOS INSECTICIDAS LEYER y COMP. ^A

Son infalibles para la destrucción de toda
clase de insectos

NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE SEPTIEMBRE

Cuarta serie de soluciones

MARIA ISABEL URYOLA.—Valencia.

Señorita Nicasia Villalón.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer cruzando la plaza de San Ildefonso, quedé apasionadamente prendado de V. al observar su modo retrechero de llevar el termos lleno de horchata, y no como, ni bebo, Nicasia, y mi vida deslízase entre un plúteo castelfurcio arrabalero. Y por eso la envío un sello de quince céntimos número 87439 para devolvérmelo con un sí como un rascacielos o con un no que precedería breves momentos a mi instantánea defunción. Esperando que no será menester dicha instantánea, queda su más tierno y rendido adorador que le b. los p.,

Aristogenes Calleja.

2 Septbre 1930.

Leganés.

PAZ DE SANTIAGO.—Madrid.

Señorita Nicasia Villegas.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer, cruzando con la lluvia la Plaza [de S.

Ildefonso, quedé apasionadamente entusiasmado de V. al ver su modo retrechero de llevar el paraguas. Desde entonces ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida definitivamente entregaría a V. este pobre arrabalero. Y por eso la envío una postal con el n.º de mi aparato, [tado,

87439 para devolvérmelo con su retrato y un sí como una casa; no un no que precedería breves momentos a mi defunción.

Esperando que no será desatendido mi ruego, queda de V. su más tierno y rendido adorador. (Devuélvame la postal, no el aparato.) [tado.)

Aristogenes Toca Teja.

2 Septbre 1930.

Madrid.

LEON CEMBRANO.—Madrid.

Señorita Nicasia Villarejo.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer en el Real Sitio de San Ildefonso, quedé apasionadamente prendado de su hermosura y su modo retrechero de llevar el castizo mantón; desde ese día no como ni bebo, Nicasia, y mi vida deja de ser lo feliz que sería siendo su arrabalero. Y por eso la envío el presente billete amoroso n.º 87439 para devolvérmelo con el ansiado sí que espero, o en otro caso un no que precedería breves minutos esa noticia mi preciosa existencia. Esperando que no será desatendida mi súplica se despide su más tierno y rendido adorador q. b. s. p.

Aristogenes Cumplido Leal.

2 Septbre 1930.

s/c Bernardas 100.

RAMON HUGET ESCARP.—Suñé (Lérida).

Señorita Nicasia Vniralles.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer pasar por la calle de S. Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de V. por su modo retrechero de llevar el vestido. Pues pensando en V. no como ni bebo, Nicasia, y mi vida desde entonces ya no se parece a un arrabalero. Y por eso la envío esta carta con mi número de teléfono 87439 para devolvérmelo con una entrevista en algún jardín. No me [de un no que precedería breves momentos el final de una ilusión. Esperando que no será V. tan ingrata se despide su más tierno y rendido adorador q. b. s. m.,

Aristogal Nicanor

2 Septbre 1930.

Madrid.

LEON CEMBRANO.—Madrid.

Señorita Nicasia Villalba.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de anoche por la plaza de San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de su figura y de su modo retrechero de llevar el madreñísimo mantón; desde ese día [ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida depende de usted y la felicidad de este arrabalero. Y por eso la envío este billete amoroso número 87439 para devolvérmelo con una contestación satisfactoria o bien un no que precedería breves minutos mi vida. Esperando que no será desatendida mi súplica se despide su más tierno y rendido adorador.

Aristogenes Anda Laórdiga

2 Septbre 1930.

s/c Buen Humor, 3.

ALEJANDRO RODRIGUEZ VAZQUEZ.—Ferrol.

Señorita Nicasia Vázquez.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes acrochando gracia en el baile en San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado de sus encantos y de su modo retrechero de llevar el mantón de Manila y por ello no como ni bebo, Nicasia, y mi vida de suyo tranquila será ahora de perro arrabalero. Y por eso la envío un paquete con mis desengaños que son 87439 para devolvérmelo con su carta dándome un sí tan soñado, pues un no que precedería breves momentos a mi muerte por desesperación. Esperando que no será desatendido el amoroso ruego de su más tierno y rendido adorador hasta la muerte,

Aristogenes González.

2 Septbre 1930.

Madrid.

JUAN FERNANDEZ.—Bilbao.

Señorita Nicasia Vitigudina.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer en la calle de San Ildefonso, quedé apasionadamente enamorado por su modo retrechero de llevar el mantón, desde entonces ni como, ni bebo, Nicasia, y mi vida de ilusiones la mata ese andar arrabalero. Y por eso la envío esta tarjeta postal número 87439 para devolvérmelo con un castizo sí, no la mande con un no que precedería breves momentos a mi muerte. Esperando que no será despreciada mi petición, queda su más tierno y rendido adorador etc.

Aristogeno López.

2 Septbre 1930.

Madrid.

ANTONIO MATEO.—Melilla.

Señorita Nicasia Ven y Ven.

Encantadora señorita,

Cuando la vi antes de ayer, con su perrito, por la calle San Ildefonso, quedé apasionadamente convencido de su insensata idiotéz [por su modo retrechero de llevar el perrito agarrado de las patas. Desde [entonces, ni como ni bebo, Nicasia, y mi vida de enamorado, se desliza con la monotonía [de un bandoneón arrabalero. Y por eso la envío este pequeño sobre, con el número de [mi cédula, el 87439 para devolvérmelo con el ansiado sí. Por Dios, que no contenga un no que precedería breves minutos a mi desgraciada existencia.

Esperando que no será la cosa para tanto, se despide de V. su más tierno y rendido adorador que espera impaciente,

Aristogenes Pocopelo.

2 Septbre 1930.

s/c Villabajo de Arriba, 69.

Pedro Andión

Almacén de géneros. Terlices y cuties para jergones y colchones. Cuerdas de cáñamo del país y tramillas. Lonas, yutes, lencería, saquerío, etc., etc.

Imperial, 8 y 16

(Esquina Botoneras
Teléfono 11233

ESPECIALIDAD EN

Mantas, Toallas, Colchas
y Géneros Blancos

Ferretería, batería de cocina, cubiertos, jaulas, termos, cuchillos, estufas, herramientas, candados y cerraduras de seguridad.

Damián Rodríguez Torres

Hortaleza, 28, e Infantas, 3.

Filocalia Droguería, perfumería y artículos de limpieza. Precios económicos. Servicio a domicilio.

Ricardo García

Fernando VI, 10. Madrid, Teléf. 34370

Gran establecimiento de compra y venta de alhajas, ropas y efectos.

Manuel Enrique Lozano

BRAVO MURILLO, 4.—MADRID
Sucursal: Bravo Murillo, 89

Casa Moisés

GRANDES FANTASIAS
Fábrica de guantes de piel
Fuencarral, 74. Torrijos, 23

Cipriano Mardomingo

ALMACEN DE JAMONES
Atocha 75 y 77, Teléfono 15305

Depósitos en Pozuelo de Alarcón.

Exportación a provincias

CASA RAMOS

PELUQUERÍA DE SEÑORAS

La casa predilecta del público elegante. Bisoñes, artículos de perfumería.

HUERTAS, 7.—MADRID

Sucursal en VALLADOLID, calle del Duque de la Victoria. — Sucursal en MADRID, plaza del Rey, 5. Teléf. 10839.

Cayetano Viú Acín

GARAJE VICTORIA

Alberto Aguilera, 62
Teléfono 30835

JOSE ALARCON PABLO LOPEZ BENIGNO CASTRO

DROGUERIA

88, Atocha, 88

Todo Madrid conoce los polvos dentífricos, elaborados por esta prestigiosa Casa, que le han dado fama mundial, y que nosotros recomendamos a nuestros lectores.

CAFE DE ROMA

Serrano, 29.—Teléf. 51105

Una de las casas más antiguas y prestigiosas de Madrid en su género.

FUENCARRAL, 141

TELEFONO 40820

Papelería e Imprenta

RUIZ LORITE

Fuencarral, 102.—Teléf. 96627

Con esta razón social acaba de inaugurarse esta elegante y céntrica Sastrería, que por el prestigio del apellido y la confección y economía de sus precios, muy pronto ha de colocarse a la cabeza de sus similares. Con verdadero interés la recomendamos.



—¿Qué es eso, Felipe?
—Su perrito, señora.
—¿Y cómo te atreves a traerlo sin bandeja?

(De The Humorist.)

MAGRO

Fuencarral, 107,
esquina a Velarde

Esta Casa, propiedad de nuestro antiguo y querido amigo don Francisco Magro, goza de sólida reputación. Cuenta con enorme y selecto surtido en maletines, escopetas y gramófonos, etc.

BENITO PELEGRIN

El Siglo XX

Bravo Murillo, 99

Almacén de tejidos y confecciones. Inmenso surtido en camisería, ropa blanca y géneros de punto. Casa popular y prestigiosa.

Malasaña, 31.—Fuencarral, 135

Colchonería única que dispone de maquinaria para vareo y desinfección de lana a la vista del público.

«LA CORUÑA»

RESTAURANT ALCALA, 4
TELÉF. 14000

El restaurant más conocido y popular de Madrid. Excelente servicio. La casa preferida por el público madrileño.

Pedro Orcasitas

ALMACEN DE FERRETERIA

Esparteros, 10.—Teléf. 13366
Especialidad en efectos de cocina, peroles, marmitas para colegios. Material eléctrico. La preferida por el público.

José Guillamón

Calefacciones

Instalaciones independientes.

Sagasta, 7 dupdo.

Teléfono 33875

Andrónico Díaz Zorita

Bravo Murillo, 90 triplicado.
¿El mejor chocolate? El suyo.
¿El azúcar mejor? La suya.
Sus artículos son inmejorables, y a ello es debido la fama de que goza.
Probad su café... "es lo suyo".

LA CORDOBESA

Recomendamos con verdadero interés a nuestros lectores visiten la prestigiosa y popular sastrería "La Cordobesa", Corredera Alta, 19, y San Vicente, 5 y 7, propiedad de nuestro muy querido amigo D. Diego R. Lorite.

Si vais a hacer un regalo y tenéis poco dinero, y queréis gastaros "poco" y que el objeto sea bueno, no dudarlo ni un instante, a este comercio acudid.
A la Plaza de Matute,

"La Nueva Mercantil"

CASA JIMENEZ

Primera casa en España en
Aparatos fotográficos

Accesorios, placas, papeles
de todas marcas

PRECIADOS, 58 y 60

MATO. - Joyero. - Arenal, 9

Madrid, 2 de noviembre de 1930

Humorismo del baile

EL QUE NO SABE BAILAR



Yo estaba haciendo un papel muy decentito en aquella fiesta de sociedad. Tenía la seguridad, concedida formal y solemnemente por el espejo, de estar muy mono con mi "smocking" nuevo y mi flor blanca en el ojal; esa seguridad que nos da aplomo y nos hace más guapos y hasta nos hace más altos... Durante la comida, había estado encantador con las muchachitas sentadas cerca de mí. Una de ellas hasta me había llamado fresco y cara dura, que son las dos frases que constituyen los dos premios más altos, las dos más grandiosas menciones honoríficas a que puede aspirar un hombrecito que quiere dárseles de pillo...

Bruscamente, cuando aún estábamos en los postres, en el gran salón contiguo estalló la orquesta del jazz... Se acabó el runrún de las conversaciones y la música, entrando en el amplio comedor, y metiéndose entre nosotros, lo dominó todo.

Entonces yo me puse lívido. Ya no pude ni acabar de pelar un plátano... Con mano temblorosa encendí un cigarrillo, e instintivamente me ahuequé el cuello almidonado, que, repentinamente, parecía haberse quedado chico y querer ahogarme.

—¡Van a bailar!...— pensé aterrado.

Con paso trémulo y con cualquier pretexto me puse en pie y me dirigí hacia alguno de los pequeños salones que circundaban el de baile y desde donde las personas serias y maduras, los ancianos y los idiotas, lo presenciarían.

—¡Van a bailar, Dios santo, van a bailar!—me repetía sin cesar.

Tropecé con un amigo y le dije, por lo bajo, con voz y gesto de traidor:

—Oye... ¿Sabes?... Van a bailar...

—Hombre, ya era hora. Voy a ver si encuentro a Maruja Cicuéndez para el primer baile.

Le vi alejarse con una admiración sin límites. Porque yo, ya lo habréis adivinado, no sabía bailar... Y tenía noción plena, perfecto conocimiento, de la inferioridad, de la humillación, de lo ridículo de no saber bailar. Y sin saber bailar, nunca, jamás, me hubiera atrevido a solicitar un baile de alguna de aquellas muchachitas vestidas de "soirée"...

¿Qué hacer? ¿Huir? Sería peor... ¿Cómo me iba a marchar sin despedirme de nadie? ¿Qué pretexto poner, precisamente cuando el baile iba a comenzar?

No, no; había que quedarse, disimular. Lo mejor era mezclarse con los grupos de mirones, fumando mucho, olímpicamente cuando me mirara alguien... Pero procurando en lo posible pasar desapercibido.

El salón ya estaba lleno. La orquesta atacó una nueva pieza. Las parejas se formaron en seguida, y comenzó el baile.

Yo observaba atentamente, emboscado detrás de un señor muy gordo, que chupaba un enorme puro. ¿Qué sería aquello que bailaban? ¿Un schotis? ¿Un pasodoble? ¿Un vals? ¿Un tango? Mi ignorancia era absoluta, terrible. ¿Por qué todas las parejas no bailaban igual, y unas hacían unas cosas y otras daban otros pasos? Aquello no era serio. Sin embargo, ¡qué bien se movían todos! ¿Cómo se podía llegar a hacer aquello? ¿Cómo era posible que hubiera gente que supiera hacer aquello sin tropezar, sin ponerse zancadillas, sin darse patadas en las espinillas, ni pisotones sobre los pies? Bruscamente, el señor gordo dijo algo que hizo que se me erizase el cabello. Se dirigió a los que estaban con él en grupo y dijo, con voz fuerte y sonora:

—Pues han quedado algunas muchachas sin bailar. Miren: allí hay sentadas una docena, y todas muy monas. ¡Ah, si yo tuviera veinte años menos!...

De repente, se volvió. Y me vió allí encogidito, angustiado, acongojado. Me miró con un desprecio sin límites; luego sentenció, sin dirigirse a nadie, con voz cavernosa:

—En mi tiempo no éramos así; había más juventud, más alegría. A buena hora se quedaba un muchacho sin bailar. Hoy hay jóvenes serios que parecen ancianos. ¡Pobrecillos, pobrecillos!

Yo me retiré de allí casi pidiendo perdón. Después pensé que aquel buen señor, en su juventud, a lo mejor no había asistido a un baile ni a una juer-



Dib. SILENO.—Madrid.

ga; pero ahora podía hablar así, defendido por su enorme panza y sus cincuenta años.

Me fui hundido, arrastrándome. Así, pues, ¡yo era un viejo de veinticinco años! ¡Yo no tenía juventud! Yo era un joven serio y solemne... Horror y miseria y desesperación. ¿Para qué vivir? ¿De qué me servía a mi temprana edad poseer tres carreras, saber cinco idiomas, tener salud, ser bueno y alegrarse si no sabía bailar? ¡Ah, estaba deshonrado, bien deshonrado!...

Hubo un descanso. Haciendo un esfuerzo sobrehumano me mezclé con las parejas. Mis amiguitas me acogieron palmeando.

—¿Dónde has estado? ¿Dónde te has metido? ¿Por qué no has bailado?

—No, nada... Aquel señor gordo, que me ha entretenido contándome una cosa y no me ha dejado bailar...

Y seguí hablando, pero sin perder de vista al director de la orquesta. Y cuando le vi y oí que daba un toque de batuta sobre el atril, desaparecí misteriosamente.

Otra pieza. Ahora me escondí detrás de otro grupo. Desde allí veía pasar, raudos, leves, ingravidos, deslizándose por el suelo encerado, ligeros, ágiles, a mis amigos y a mis amiguitas. Una de ellas me descubrió y me miró con unos ojos en los que había burla y compasión. Me



Peiro.

—Y de Juanito ¿no hay nada en la Exposición?

—Pobrecillo; se peleó con el Jurado y le

Ayuntamiento de Madrid

Dib. PEIRO.—Madrid.

sentí de nuevo infinitamente anciano, lleno de seriedad y corroído de solemnidad.

—¡Dios mío, Dios mío!—pensaba yo—. ¡Esto es atroz! Me parece que todo el mundo me mira. Me parece que todas las luces convergen sobre mí. Me parece que todos se rien de mí.

Un caballero anciano, de lo menos setenta años, pasó a mi lado, riendo alegremente. Alguien le interpelló:

—¿Dónde va usted, don Jacinto? A bailar, ¿eh?

—Claro, hijo, claro—respondió—. Los jóvenes no lo hacen. Tenemos que ir los viejos para que las niñas bailen.

Yo, sonrojado, me sentí responsable, culpable, casi criminal. Aquel buen señor podía, a su edad, morir víctima de su heroísmo, y por mí, sólo por mí, que no cumplía con mi obligación de bailar. ¡Ah, perdón, perdón, noble y generoso don Jacinto!

Entonces pensé en las soluciones más absurdas. Cojo. Sí. Una buena cojera, ser cojo era una de ellas. Sí. Al día siguiente iría al cirujano y le rogaría que me amputara una pierna. Era la gran solución. Así nadie podría reprocharme el no bailar. Y también, ¿por qué no decir que estaba tuberculoso? Así las muchachas huirían de mí y de mi contacto, y todo el mundo me vería solicitar bailes y bailes; las echarían la culpa a ellas por orgullosas. ¿Y ser picado de viruelas? También era una buena solución. O tener granos repugnantes en la cara.

Pero, bueno, eso era para otra vez... Pero ¿y ahora, qué hacía ahora? Y una idea salvadora nació en mi mente. Una idea que me hacía aparecer como un héroe, como un mártir y me rehabilitaba ante mis propios ojos. ¿Con que yo era un joven-viejo y un tío serio y solemne y no sé cuantas cosas más? Ahora veríamos.

Me fui hacia la chica más guapa, más llamativa y más aparatosa de la reunión. En voz muy alta grité:

—Lupicinia; ¿me hará usted el honor de concederme el próximo baile?

—¡Ay, sí, bueno, sí!—contestó ella, también a gritos.

—No he podido bailar en toda la noche—seguí gritando—, y yo no puedo vivir sin bailar; no comprendo que haya gente que no sepa bailar. Sobre todo los muchachos. Son jóvenes viejos, sin juventud, serios y solemnes. Espéreme un momento, Lupicinia. Pero no se mueva de aquí ni baile con otro, ¿eh? En cuanto empiece la próxima pieza, o antes, estaré de vuelta; voy a dar un recado a mi tío, que está en el "buffet".

Me fui al "buffet". Me tomé seguidas ocho copas de coñac. Luego esperé. Y cuando empezó la música del baile, ¡de mi baile!, me tiré por la barandilla de la escalera. Me torcí un pie, me disloqué un tobillo y me hice un chichón respetable. Y mientras todas las muchachas me rodeaban y me cuidaban y Lupicinia me miraba enternecida, yo exclamé:

—¡Qué lástima; ¡Me he caído tontamente! ¡Ahora que iba a bailar!...

GABRIEL GREINER

E L E N T I E R R O

Como señal de duelo aparecía cerrada media puerta del zaguán. Una elegante carroza a la Federica, conducida por cuatro empenachados caballos, hallábase estacionada, en espera, frente al portal de la casa.

Los palafreneros, al disponer de tiempo para ello, habían acudido a beberse unos vasos de vino a la taberna próxima, distante diez metros del lugar.

En las aceras, formando grupos, se encontraban las personas concurrentes al acto, gente de un aspecto poco tranquilizador. Los sujetos allí reunidos tenían el rostro cruzado por algún chirlo, las manos tatuadas y ojos de un siniestro mirar. Si la apariencia de los asistentes al duelo inspiraba cierta inquietud, la alarma crecía escuchando las conversaciones sostenidas por aquellos prójimos.

—Sidonio Barbado, a cuyo entierro concurrimos, era un ladrón excelente...

—Como asesino tampoco quedaba atrás...

—¡Qué pena que haya llegado para él la hora de las alabanzas!

—Entablé conocimiento con Sidonio en el presidio de Ocaña. ¡Buen compañero!

—Yo actué a las órdenes de Barbado cuando el asalto a la caja del Banco Georgiano. ¡Ay! Se me saltan las lágrimas al considerar que perdí un jefe tan digno.

—Quitando carteras, el muerto solía ser un "as". La ganzúa la manejaba como nadie. No olvidemos tampoco su sapiencia en el manejo del puñal...

—Ninguno de nosotros podemos compararnos en aptitudes con el difunto...

Dieron comienzo los preparativos para la puesta en marcha. Los palafreneros se reintegraron a sus puestos. Desde lo alto del elevado pescante, un cochero con cara de beodo retenía por las riendas a los inquietos caballos. En cada extremo posterior de la carroza fué colocada una corona de flores, con su correspondiente cinta dedicatoria. Una de las leyendas, en letras de purpurina, decía:

"Al ex presidiario Barbado. Afectuoso recuerdo de sus camaradas de penal."

Sobre otra de las gasas, en dorados caracteres, leíase:

"A Sidonio. Su viuda e hijos."

Ante la extracción por el portal de una caja como esas en que se guardan los violoncelos, la concurrencia se descubrió respetuosamente, notándose con semejante motivo que la calvicie está bastante extendida entre los delincuentes.

Observando una conducta habitual en los entierros, uno de los individuos allí reunidos narraba en tal instante un cuento alegre a su grupo. Al verse cortado en el uso de la palabra, dicho sujeto refunfuñó con indignación:

—Existen salidas inoportunas. Me parece que bien pudieron esperar a que yo acabase mi chistoso relato...

La comitiva se puso en movimiento.

Todos los asistentes a la ceremonia caminaban a pie, tras de la carroza.

Presidían el duelo un hermano de Sidonio, ex presidiario reclamado por la Justicia; un primo segundo del difundo, que había cumplido seis años de condena, y el hijo mayor de Barbado, Sidonito, descuidero de profesión, de quince años de edad.

Luego, en crecido número, el resto de la concurrencia: carteristas, timadores, ladrones de pisos, salteadores de carrete-

ras, pistoleros, asesinos de mujeres, la escala completa de la delincuencia. Todos llegados de incógnito, para rendir el póstumo homenaje a Sidonio Barbado, maestro en el oficio de robar y asesinar a las gentes.

—Yo no creí que Barbado pudiese pagarse un entierro tan lujoso--murmuró un "espadista" al oído de un descuidero--. ¡Qué carroza tan lujosa!

—Es que Sidonio--hubo de replicar el "randa"--, pertenecía a la benéfica entidad "El último viaje", la cual, mediante



El.—Para mí, lo capital en esta vida es el amor.

Ella.—Pues para mí, lo capital... es el capital.

Dib. VÁZQUEZ.—Madrid.

pago de una pequeña cuota mensual, proporciona a sus asociados unos servicios muy decorativos...

A la par que avanzaban, los circunstantes daban muestras de profunda aflicción, no siendo extraño el contemplar alguna lágrima que bajaba rostro abajo de los concurrentes. Los diálogos que mantenían aquellos sujetos resultaban, asimismo, enternecedores:

—¿Y qué enfermedad lleva a la tumba a Sidonio?

—Falleció por haberse partido la columna vertebral al caer sobre el suelo, desde un segundo piso, cuando realizaba un escaló nocturno...

—Una víctima más de los accidentes del trabajo!

—¿Y se sabe qué va a suceder con la familia del pobre Barbado?

—Esa es otra... Gran verdad la de que cuando muere el jefe de familia se lleva la llave de la despensa.

—Pero los hijos del difunto, ¿no laboran?

—Tiernas criaturas, sumidas en la mayor orfandad... El mayor, que cuenta tres

lustros, es el único que trabaja. Coge algún portamonedas y quita el dinero de los cepillos de las iglesias... El pobre Barbado no ha tenido tiempo de dar carrera completa a los vástagos...

—Al objeto de aliviar algo la aflictiva situación de la familia, tendremos que ceder el producto de un día de nuestro trabajo.

El paso del severo cortejo llamaba la atención de todo el mundo. A la verdad que conmovía el espectáculo de ver doscientos hombres gimoteando tras la carroza. Dos burgueses, parados por el cruce del entierro, comentaron:

—Hoy los mangueros pueden evitarse de regar el asfalto.

—Es verdad. Con el paso de estos individuos, el suelo quedó ya suficientemente mojado...

La carroza-estufa desembocó en una amplia plaza, cruzada por seis calles.

Súbitamente, al llegar a tal sitio, la concurrencia del duelo echó a correr con rapidez, cada sujeto por la bocacalle más cercana, dejando abandonado el coche fúnebre.

Los propios familiares de Sidonio Barbado fueron los primeros que se apresuraron a escapar del sitio con la mayor velocidad de sus piernas.

En breves segundos la plaza quedó vacía, tan sólo ocupada por la carroza-estufa con sus palafreneros y cochero.

¿A qué era debida aquella fuga general? Por ventura, ¿los delincuentes acostumbran terminar de modo tan extraño sus manifestaciones de duelo?

Pero acaso todos aquellos sujetos, que es de suponer tendrían pendientes de ajuste numerosas cuentas con la señora Justicia, ¿no habrían huido por la presencia de dos individuos, plantados estóicamente en el centro de la plaza?

En realidad, al afirmar más arriba que el sitio se hallaba desierto no fuimos exactos. Olvidósenos advertir que, desde un principio, realizando servicio de vigilancia, con charolado tricornio, terno cenizoso y bruñido máuser, encontrábase en el lugar una pareja de severos guardias civiles.

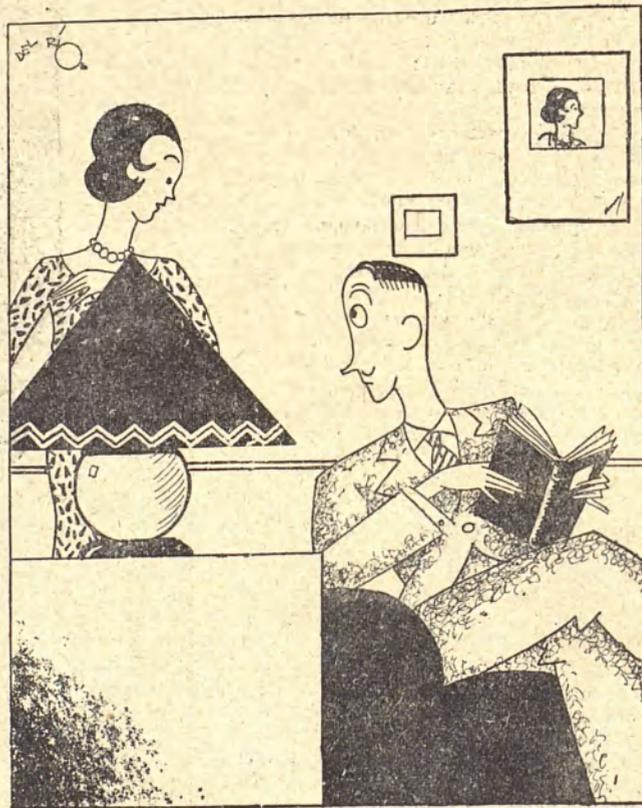
Luis ESTEBAN



El sereno.—¿Qué le dije que iba a hacer si le volvía a encontrar borracho?

El borracho.—¡Anda! ¡También se le ha olvidado a usted.

Dib. CORREA.—Murcia.



Ella.—En la vida no hay nada más que el amor, ¿verdad, alma mía?

El.—Nada más, querida. Oye, ¿estará pronto la cena?

Dib. DEL RÍO.—Barcelona.

ULTIMAS GREGUERIAS MIAS

(Lo que quiere decir que, afortunadamente, ya no habrá más)

Sí, señores, estoy en las últimas...

Yo me había creído, al comenzar mi infame parodia de las famosas *greguerías* del robusto y epicúreo Ramón Gómez de la Serna, que esta labor resultaba fácil como hacer calceta o como no devolver el dinero que le prestan a uno... Pero he visto, con estupefacta pena, que eso de hacer *greguerías* requiere una cantidad de inspiración tan hercúlea, que no me siento con fuerzas para continuar por ese camino, aunque me lo pagasen muy bien (que no me lo pagan más que tal cual).

Resumen: que, a costa de estentóreos sacrificios, y después de tener que calentarme la cabeza con un infernillo de gasolina, he conseguido confeccionar las últimas *greguerías* que andaban dispersas por los rincones de mi masa encefálica, y estas últimas *greguerías* son las que voy a tener la incalificable desvergüenza de ofrecer a mis lectores en este sentimental momento de confianza.

Espero que ustedes, teniendo en cuenta que, efectivamente, van a ser las últimas, tomarán la cosa con la benévola resignación que conviene a mi sólido prestigio de escritor mentecato.

De manera que vamos allá; y a ver si es posible que ustedes no me manden más allá todavía.

El pobre hombre aquél, que tenía la inmensa desgracia de ser paleta (sin que le hubiera sido posible hacer nada para evitarlo), se quedó perplejo ante el escaparate de la sastrería.

Dos horas, o tal vez dos horas y trescientos minutos, día más o menos, permaneció el infeliz delectando aquel cartel que decía:

TERNOS A 60 PESETAS

Al hombre le parecía absurdo aquello, pero al fin se decidió a entrar en el establecimiento, y, dirigiéndose al mostrador, empezó a vociferar:

—¡Me caso en diez!!...

La gente le miró con estupor reconcentrado, y él insistió:

—¡Maldito sea mi padre!!...

Y aun tuvo fuerzas para añadir, mientras daba una feroz patada en el suelo:

—¡¡Puñales!! ¡¡ Concho !! ¡¡ Rediós!!...

Entonces le quisieron arrojar de la tienda, pero aquí vino lo gordo.

El exasperado paleta reclamó las 180 pesetas que se le debían por los tres ternos que había soltado, a 60 pesetas por cada terno.

Claro que no se las dieron, pero el hombre fué a consultar el asunto con un abogado, y en eso estamos.

Y lo peor para el incauto dueño de la sastrería es que se asegura entre la gente de leyes que el pleito lo va a ganar el paleta susodicho.

Por lo pronto, en la sastrería ya no figura el peligrosísimo cartel, que es la demostración mejor de la razón que le asiste al paleta.

Además de farmacéutico, mi amigo era poeta y se le ocurrió publicar un tomo de versos.

Y, puesto en el disparadero, publicó luego otro tomo.

Y, definitivamente, en la pendiente de la insensatez, el inspirado farmacéutico publicó un tomo más.

¡Y sucedió lo que tenía que suceder! Que el hombre se ha vuelto loco, y cuando en su botica se recibe una receta



—¿Quieres comer conmigo?

—Sí, hombre; con mucho gusto.

—Pues anda, dile a tu mujer que ponga cubierto para mí.

Dib. TAULLER.—Madrid.

para tres tomas; el socio la rectifica y la hace para tres tomos.

Por lo cual, tiene ya setenta tomos de recetas y no tiene absolutamente ningún parroquiano.

Yo he llorado al saberlo.

Pero no quiero que llegue a sus oídos que yo tomo parte en su dolor, porque, si se entera, no sé qué va a ser esto.

Los hunos, ya nos lo dice la Historia, fueron unos bárbaros sin entrañas. Mataban gente, estropeaban los sembrados, mordían el ombligo a los prisioneros de guerra, pegaban a los vecinos, etcétera...

Sin embargo, se sabe de un huno que era un alma de Dios. Lo demuestra el que tenía suegra, y era ella la que mandaba en el domicilio.

Es decir, que este huno era un cero a la izquierda.

Esto, con la Aritmética en la mano, parece un imposible; aunque menos mal que la hache del huno evita que ustedes y yo nos hagamos un lío mucho mayor.

La información telegráfica que se en-

vió desde Colmenar de Oreja a Madrid, con todos los detalles de la corrida de toros sumió a todos los lectores en un piélago de confusiones.

Decía así:

"Toros en Colmenar de Oreja. Chicuelo superior en todo. Le dieron las dos orejas..."

Y los lectores preguntaban:

—Bueno, pero ¿de dónde han sacado la segunda?...

Y a estas horas, todavía no ha podido averiguarse...

El cura de aquella ciudad, en la que toda la gente era atea, estaba conternado de ver la iglesia vacía.

Y decía a sus amigos, a la hora íntima del tresillo:

—¡Yo no me explico por qué me llaman el cura de la parroquia, cuando están viendo que no tengo parroquia ninguna!...

Era un inglés tan tartamudo, que habían llegado a hablar de él hasta los periódicos más serios.

Y una vez le preguntó un compañero en la Prensa:

—Míster, ¿usted no vivía antes en Constantinopla?... ¿Por qué razón se ha trasladado a Pau?...

Y el inglés contestó:

—¡Ami... ami... amigo, porque el ti... ti... tiempo es oro!... ¡Y cuan... cuan... cuando vi... vi... vivía en Cons... Cons... Constan... tan... tan... tanti... tanti... tantino... tino... tino... tinopla, tar... tarda... tardaba un mes en dar mis señas a los ami... ami... amigos!...

El inglés tenía razón. Viviendo en Pau se ahorraba al año siete meses de tartamudeo.

La esquila de defunción que le hicieron a aquel popular mozo de cuerda que se hizo rico acarreado de baúles, tenía un sentido común extraordinario.

Rezaba así, sencillamente:

"Doroteo Garay ha abandonado el mundo por falta de cuerda en la mañana de ayer... Desde hoy, se encargará de los bultos su desconsolado hijo mayor..."

Aquel precioso loro, que era el adorno más destacado del gabinete de la solterona, no había manera de que hablase una sola palabra.

Su dueña llegó a preocuparse de tan prolongado mutismo; y un buen día cogió la jaula y se fué a consultar el raro caso con un eminente veterinario.

El veterinario examinó concienzudamente al animal, y, al fin, sonrió con aire de triunfo y dijo a la solterona:

—Ya he averiguado por qué no habla este loro.

—¿Por qué?—preguntó ella con dramática ansiedad.

—¡Pues no habla porque está disecado!...

Y cobró a la dueña cinco duros por la consulta, y ella se fué tan satisfecha por haber logrado desentrañar aquel misterio con el auxilio de la ciencia.

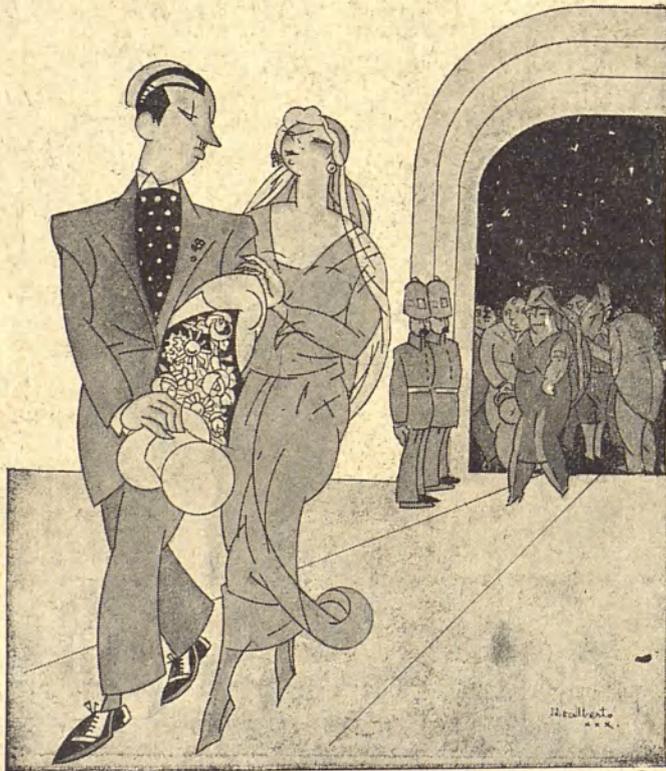
La mujer de Fernández era tan espantosamente fea, que se murió de asco antes del tiempo reglamentario.

El entierro fué suntuoso, y los concurrentes, en el momento de dar tierra a la interfecta, llenaron la fosa de claveles, geranios, nardos, jacintos y dondiegos.

Y dijo Fernández, con risa conejil:

—¡La primera vez, y la última, que le han echado flores a mi mujer!... ¡No había manera, como no fuera de esta manera!...

ERNESTO POLO



—A ver si te acuerdas, Juan. Dentro de cincuenta años, tal día como hoy, serán nuestras bodas de oro.

Dib. ADALBERTO.—Jerez.

El "Tenorio" de Avellaneda

Así como hay un *Quijote* de Avellaneda, hay un *Tenorio* del mismo autor. Me consta, porque en la reciente Semana del Libro tuve la fortuna de dar con un ejemplar de la obra, que sólo me costó seis mil reales. ¡Para que luego digan que ya no hay gangas en las librerías de viejo!

El argumento del *Tenorio* de Avellaneda es el mismo que el de Zorrilla; pero los versos son distintos, y como la falta de espacio no me permite darlo íntegro, copiaré algunas estrofas para que se vea que ofrece algún interés el texto en cuestión.

Un pequeño diálogo de don Diego, el padre de don Juan, y Butarelli, el dueño de la Hostería del Laurel:

—Comeré aquí.
—Os tiene cuenta.
La gente queda bien harta cuando come aquí a la carta.
—¿Y el cubierto?
—A dos cincuenta.
—¿Hay callos?
—Todos los días.
—¿Caracoles?
—Por supuesto.
—Pues, a fuer de hombre modesto, sólo cenaré judías.
—¡Ricas mi mujer las hizo!
—¡Llego en feliz ocasión!
—¿Cuántas saco?
—Una ración.
—¿Con morcilla?
—Con chorizo.

Se ve, por el trozo que queda copiado, que las judías y los caracoles ya existían en el siglo XVI.

Cuando don Juan puso el letrero que le dió tanta fama ("Aquí está don Juan Tenorio para quien quiera algo de él"), no todo el mundo lo interpretó como un cartel de desafío, sino como una oferta de servicios. Por eso dice el propio don Juan en el ejemplar que yo poseo:

—Interpretando el letrero de una manera capciosa, vino a verme un caballero para pedirme una cosa que no doy nunca: dinero.
El pobre no logró nada, pues con gran desembarazo dejé esta verdad probada: que yo aguanto una estocada, pero no admito un sablazo.

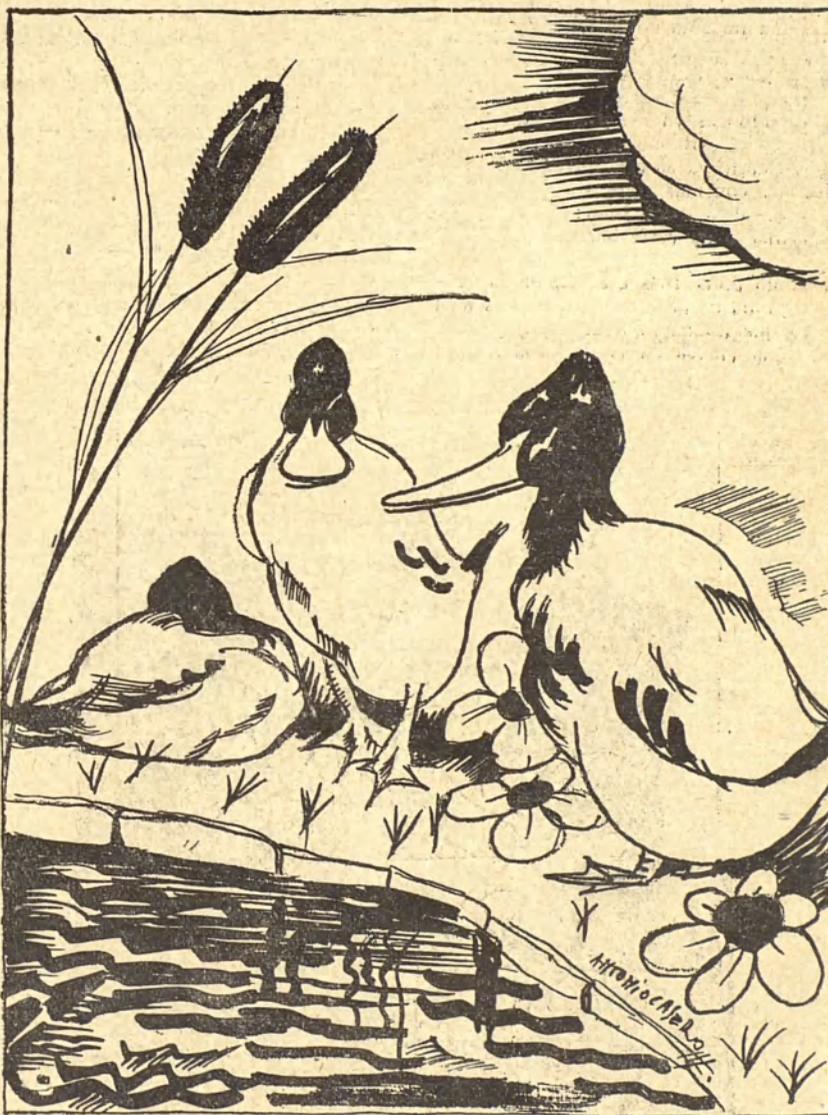
Otra cosa curiosa del texto que estoy comentando es la demostración de que don Luis Meñá se marchó a Flandes por lo muy aficionado que era a las mujeres flamencas. Así lo prueba esta quintilla:

—Allí hay vacas muy famosas, allí hay queso, y hay manteca y allí hay mujeres famosas dotadas de grandes cosas que no tiene un ama seca.

—No sólo el dinero explica lo que os digo de que es rica, sino que cifro mi orgullo en que es, además, la chica de esas que tienen lo suyo.

El *Tenorio* de Avellaneda trae este diálogo entre don Luis y doña Ana:

—¿Qué quieres tan de repente?
—Vente.



—Nuestras hembras con su bondad y su laboriosidad nos son indispensables...
—¡Como que me horroriza pensar lo que sería de nosotros sin nuestras patitas!

Dib. CASERO.—Madrid.

—Pero ¿así, sin un testigo?

—Conmigo.

—Aumentarás tus problemas.

—No temas.

Ya con tus manos me quemas
y por ello siento gana
de cantarte *La Africana*:

Vente conmigo y no temas...

—¿Es tu amor igual que ayer?

—A ver.

—Pero ¿no va más allá?

—Sí, va.

—Luego va nuestro querer...

—A poder ser.

—Como marido y mujer
muy dichosos viviremos.

—Pues entonces exclamemos:
¡a ver si va a poder ser!

—Ya mi sino no es tan negro.

—Me alegre

¿De qué se ufana tu suerte?

—De verte.

—Entonces ya estoy sereno.

—Bueno.

—Puesto ya en este terreno
lucharé con más afán,
y así le diré a don Juan:
Me alegro de verte bueno.

Cuando doña Inés está ya en la hermosa quinta de don Juan (porque es bien sabido que no hay quinta mala) y hace como que vuelve en sí de su desmayo,

doña Brígida la sintoniza contándole horrores de lo guapo que es don Juan, y al enterarse la novicia de que este buen mozo fué quien la sacó en brazos del convento, siente un escrúpulo, muy disculpable en una época en que no se conocía la falda corta. Por eso se le escapa esta exclamación:

—Yo de mi asombro no salgo;

pero por calmar mi afán,
cuando me cogió don Juan,
di, ¿se me veía algo?

La escena del sofá la termina Avellaneda de un modo inesperado, pues pone en boca de doña Inés un exabrupto impropio de su timidez:

—¡Don Juan, don Juan, sé piadoso; que en este aromado ambiente hasta el ser más inocente se rinde al fuego amoroso; mas si te sientes dichoso de mi amor en el regazo, si nada teme tu brazo, si es tan grande tu valor y todo respira amor ¡arráncate ya, pelmazo!

Y no paran ahí las cosas. Cuando don Juan, al término de una larga tirada de versos, asegura que por el amor de doña

Inés es capaz hasta de ganarse el cielo y de inscribirse en la U. M. N., doña Inés, jugueteando con una borla del sofá, le dice:

—Dispénsame si estoy sosa.

Me asombra cómo te explicas
y lo bien que versificas,
mas yo esperaba otra cosa.

En el último tercio de la obra, cuando ya tocan a matar, don Juan está esperando que el difunto Comendador se presente a cenar con él. ¡Tanto atractivo tiene el comer de gorra! Y no se conforma con decir a Ciutti que ponga vino al Comendador, como en la obra de Zorrilla, sino que hace los honores de la casa de un modo encantador:

—Y por colmar sus deseos en la presente ocasión, échale otro cucharón de esa sopa de fideos; pásale un paño a la silla, acércale la mostaza y, por si es mucho una hogaza, déjale una francesilla.

Más tarde, es el propio Comendador quien se queda una noche en su tumba para recibir a sus amistades, y al ofrecer a don Juan "fuego y ceniza", éste lo interpreta como si le invitaran a fumarse un habano, por lo cual dice:

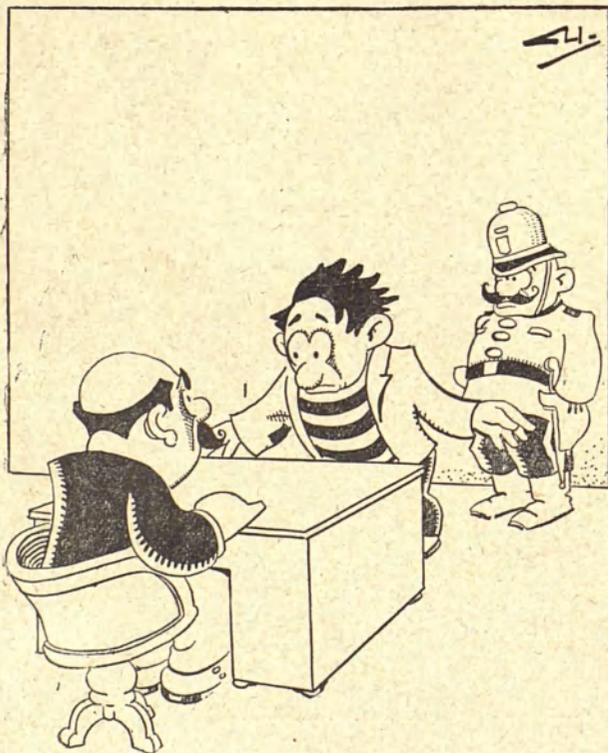
—Guarda ese fuego, pardiez, que para nada lo quiero, porque tengo aquí un mecherito que no falla ni una vez.

Don Juan es un valiente que tarda mucho en doblar (en doblar la rodilla), a pesar de la estocada que lleva encima y todavía tira algunos derrotes. Por eso doña Inés sale de su panteón con las mulillas y le dedica unos versos tan dulces como las golosinas de la época:

—Llegó el terrible momento de que comprendas, don Juan, que nuestras vidas se van como buñuelos de viento; pero cúrate de espanto, ya que el perdón te asegura que vas en la sepultura a tener huesos de santo.

Lo demás es igual que en la obra de Zorrilla. Don Juan, como los viejos políticos, queda limpio de toda culpa y se mete a disfrutar de la gloria eterna porque se la ha *ganado*.

Todo esto podrá ser muy disparatado, pero más sería pasar por escritor festivo y dejarse escapar el Tenorio sin sacarle cinco duros.



—¿Que yo he robado un automóvil? ¡Señor Comisario, que me registren ahora mismo!

Dib. URDA.—Barcelona.

RAMIRO MERINO

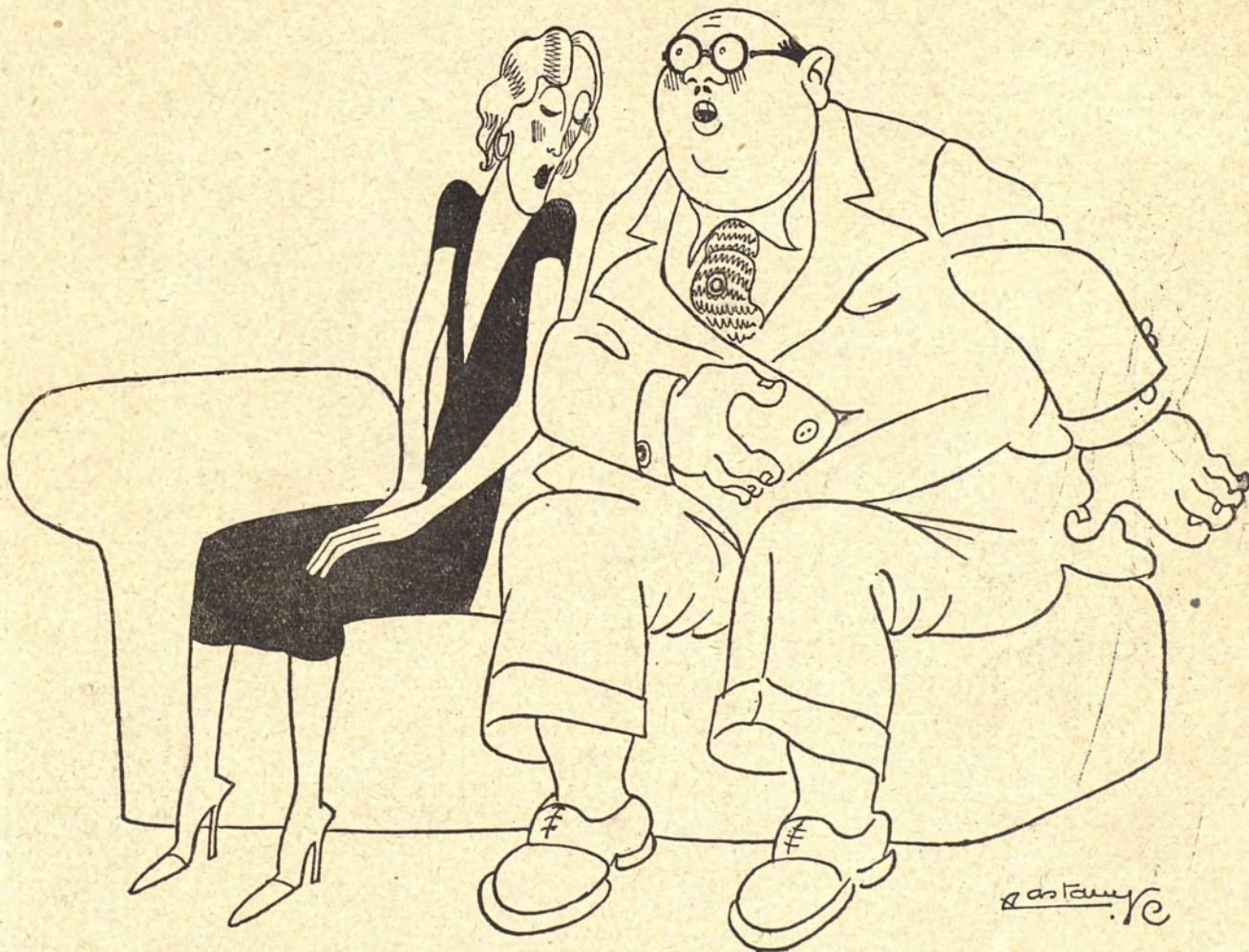
Bolerías madrileñas

"Amada esposa Bruna:
Llegué a la corte,
como un vulgar paleta
de los del Norte,
y me alojé en la casa
de Paz Urquiola,
en una calle estrecha:
la de la Bola.
Vi ayer el Ministerio,
querida Bruna,
en donde Marzo anida,
y sobre él, una
bola grande, que todo
Cristo conoce
y baja en el momento
de dar las doce.
Vi el puente de Segovia
con un pariente.
¡Qué bolas más tremendas
hay en el puente!...

Vi, yendo a lo que llaman
circo taurino,
la "Casa de las bolas"
en el camino.
Almorcé con los padres
de la Carola,
que de postre me dieron
queso de bola.
En el billar cercano
de Juan Moreno
hice rodar las bolas
un rato bueno
con un par de andaluces
que, en diez palabras,
echarían más bolas
que veinte cabras.
Fuí después al Congreso,
finca no fea
donde hablaron los miembros
de la Asamblea,

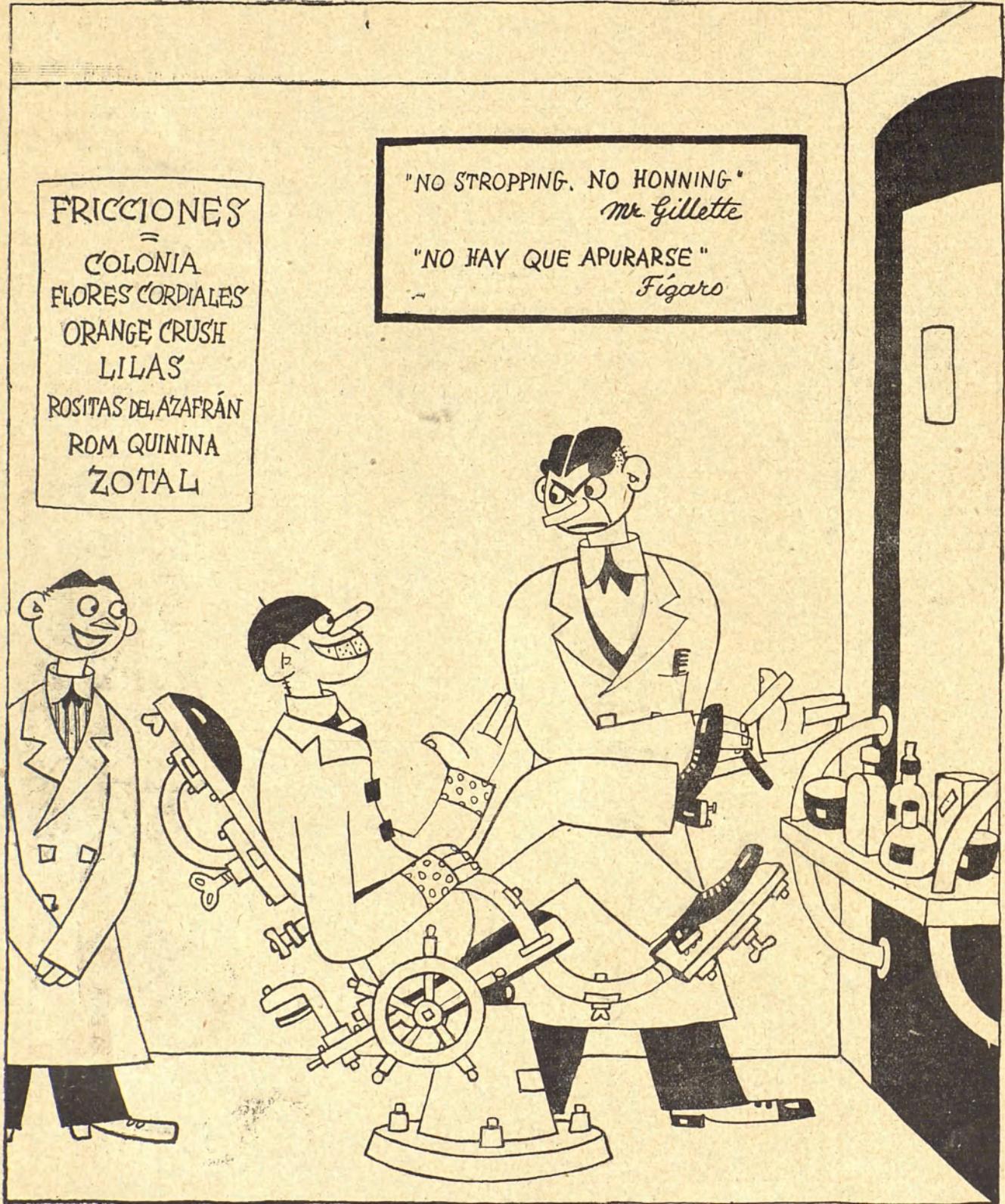
y en la puerta de entrada
vi dos leones
con sus dos bolas hechas
de unos cañones...
En Madrid, pues, te juro
que desde el martes
no encuentro más que bolas
por todas partes.
No extrañes que te envíe,
por consiguiente,
seguidillas *boleras*
completamente.
¿Que me llamas *bolero*?
Me importa un pito.
Y adiós, Bruna. No olvides
a tu
Benito."

Por la publicación,
JUAN PEREZ ZUÑIGA



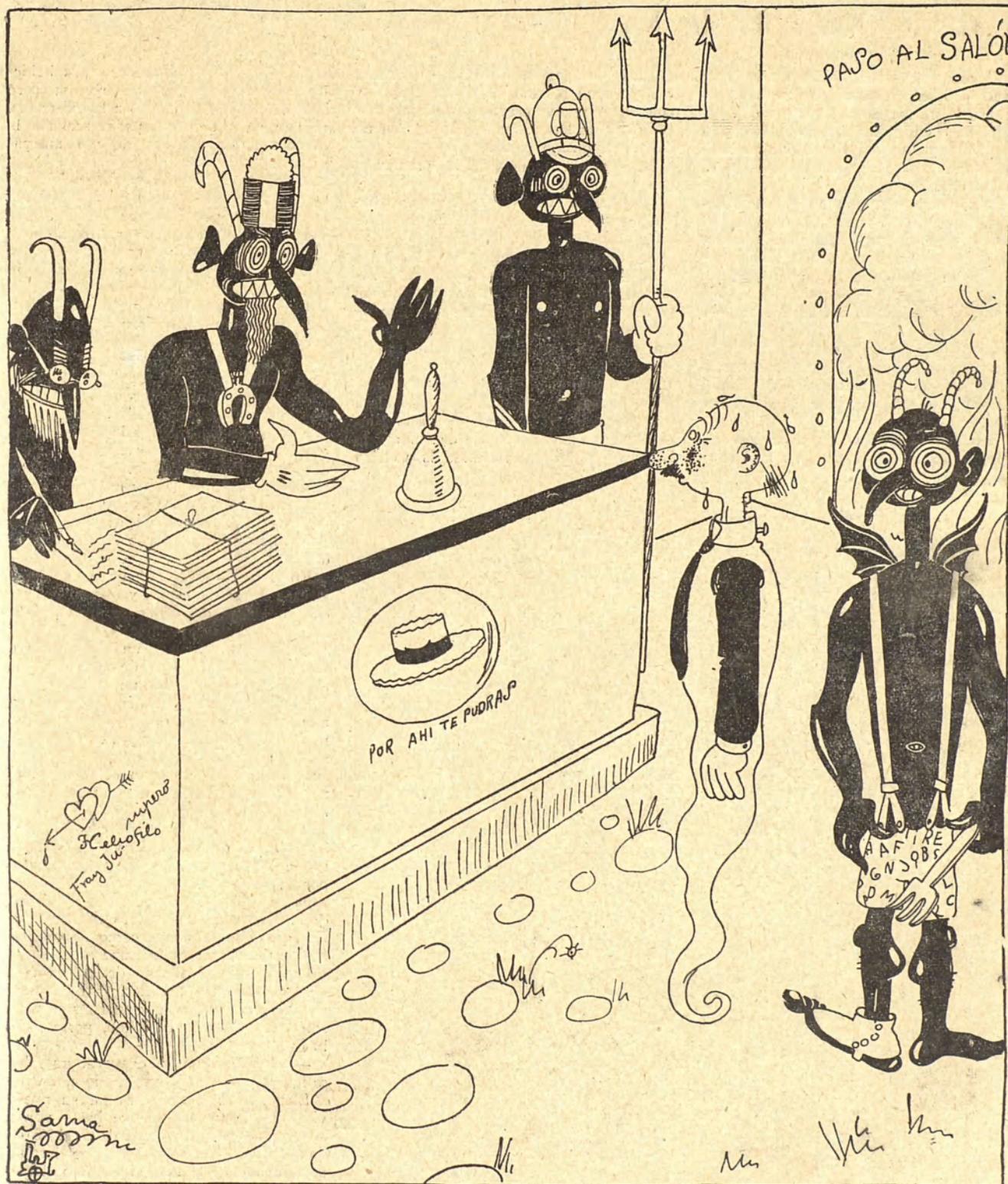
—Juan: Se oponen mis padres a nuestro casamiento.
—¿Porqué?
—Porque dicen que es un casamiento desigual.

Dib. CASTANYS.—Barcelona.



—¿Qué va a ser?
—El rabito de la boina.

Dib. GARRIDO.—Madrid.



—¡Ya lo sabe, condenado a trescientos treinta años y un día de fuego eterno! ¿Tiene usted algo que alegrar?
—Sí, señor. ¡Que avisen a los bomberos!

Dib. SAMA.—Madrid.

Panteón de familia

El conde de Pasta Flora, marqués de Prado Fresco, vizconde de Saco Grande, era la última rama de una rancia estirpe de aristócratas acaudaladísimos, a los cuales había ido heredando paulatinamente después de haber dilapidado su patrimonio.

Hasta hacía poco su dilapidación había alimentado sucesivamente con las fortunas que le iban legando sus numerosos y ricos parientes; pero la última peseta de la última tía segunda que testó en su favor estaba liquidada hacía ya tiempo y la situación del aristócrata era criticadísima.

Agotó su crédito, sus amistades, y llegó a los límites de la fantasía en la aplicación del insano consejo que dice: "Debe y no pagues, que somos mortales".

Comenzó bañándose en champagne y terminó lavándose la cara en la fuente

de los Galápagos. Durmió su primer sueño en un palacio de la Castellana, y una noche se vió precisado a dejar caer pesadamente sus párpados sentado en un banco del mismo paseo.

La esgrima monetaria la practicaba con tal amplitud, que pedía un duro y lo dejaba en veinticinco céntimos, bajando en reales hasta esta insignificante cifra.

Se lo había gastado todo, lo había vendido todo; sólo le quedaba una propiedad, pero que no podía vender, ni pignorar, ni dilapidar: tenía, en uno de los más aristocráticos cementerios madrileños, un panteón de familia magnífico.

El panteón tenía su cripta, su capilla, sus estatuas yacentes; una verdadera magnificencia. Si el conde de Pasta Flora hubiera sido un hombre de valor y lo hubiera tenido para quitarse la vida, a

aquella soberbia y última morada hubieran ido a descansar sus restos; pero como le tenía gran apego a la existencia, ni aun en esa forma podía servirle lo único que le quedaba de sus antepasados.

Pero una noche que cogió, en los primeros fríos del invierno, un resfriado terrible por pernoctar en una silla de Recoletos, pensó en la confortabilidad del panteón, pero no para inhumar su cadáver, sino para darle albergue a su cuerpo serrano.

Los ricos ya sabemos que se pudren más confortablemente que viven los pobres. Un panteón siempre es más amplio y más cómodo que un piso de quinque a veinte duros. El marqués de Prado Fresco pensó en habitar el mausoleo, y fué a ver al conserje del cementerio.

El amo de los muertos le recibió bien; era hombre de buen corazón y se apiadó de él. Por otro lado, había recibido tantas dádivas de los ascendientes del conde... Tenía incluso asignada una cantidad para conservación del panteón y para alumbrado y adorno en los días de difuntos.

En fin, que era persona muy adicta a la casa de Pasta Flora, y que en la descabellada idea del conde se prestó a ser su cómplice y a ayudarle.

Ellos le guisarán y un sepulturero a sus órdenes le servirá de ayuda de cámara, aunque ésta fuera mortuoria.

El conde tomó posesión de su nueva morada, instaló una cama turca en el panteón y dormía tranquilo y feliz un sueño reparador, al propio tiempo que sus ascendientes dormían el sueño eterno en la cripta del monumento funerario.

Quando el conde se acostaba dejaba sus botas fuera del mausoleo y el sepulturero se las entraba limpias y relucientes por la mañana, cuando aun se desperzaba en su lecho mortuorio, al pie de un decorativo reloj de arena, en mármol de Carrara, que le servía como de cabeceira, entrándole hasta la cama un rayo de sol por las cristalerías de colores del panteón. No hay que decir que la asignación para conservar y adornar el mausoleo se la comía el conde, porque era lo que él decía:

—¡Una lágrima se evapora, una flor se marchita, un almuerzo me lo como yo!

Llegó a familiarizarse con su nueva vivienda de tal modo, que hasta volvió a sentirse grande, y guardaba el té en un pebetero, le servía de tocador un portahachones, y con el orgullo de su estirpe, no encontraba fatuos los fuegos del cementerio.

Llegó a exigir al sepulturero que le sirviera alrededor del sarcófago que utilizaba de mesa.



—Hombre, que le pegue el jefe a mi hijo, puede pasar. Pero que le pegue usted, ¿quién es usted?

—El jefe asegura que soy su mano derecha.

Dib. KAR.—Valencia.

La vivienda era cómoda por todos los conceptos; la vecindad, callada. Cuando llegaba un nuevo vecino se quitaba el sombrero al verle entrar en su cuarto, y luego ya no se le tenía que saludar más.

Una mañana vió llegar al pie de la tumba a una bella enlutada, que postrada de hinojos musitaba un rezo. En la atribulada mujer reconoció a una prima suya, que tenía su esposo inhumado en el panteón. Se le ocurrió llamarla por su nombre, sin reparar el lugar desde donde lo hacía, y la señora, al oírse nombrar desde el interior del mausoleo, se llevó un susto que perdió el conocimiento.

Nuestro conde la atendió, la entró en el panteón y consiguió que volviera de su desmayo; pero al abrir los ojos y verse en el interior de una sepultura se volvió a privar, hasta cinco veces, consiguiendo, tras de grandes esfuerzos, ponerla, explicándole la razón de aquel sepelio en vida.

Su prima se interesó por él y por su desgracia. Era lo único que le faltaba al conde para ser completamente feliz.

Casa, alimento y amor; ¿qué más podía pedir?

.....

Una tarde de difuntos oyó un rumor en el exterior del monumento. Cuando se asomó vió que le estaban rezando un responso.

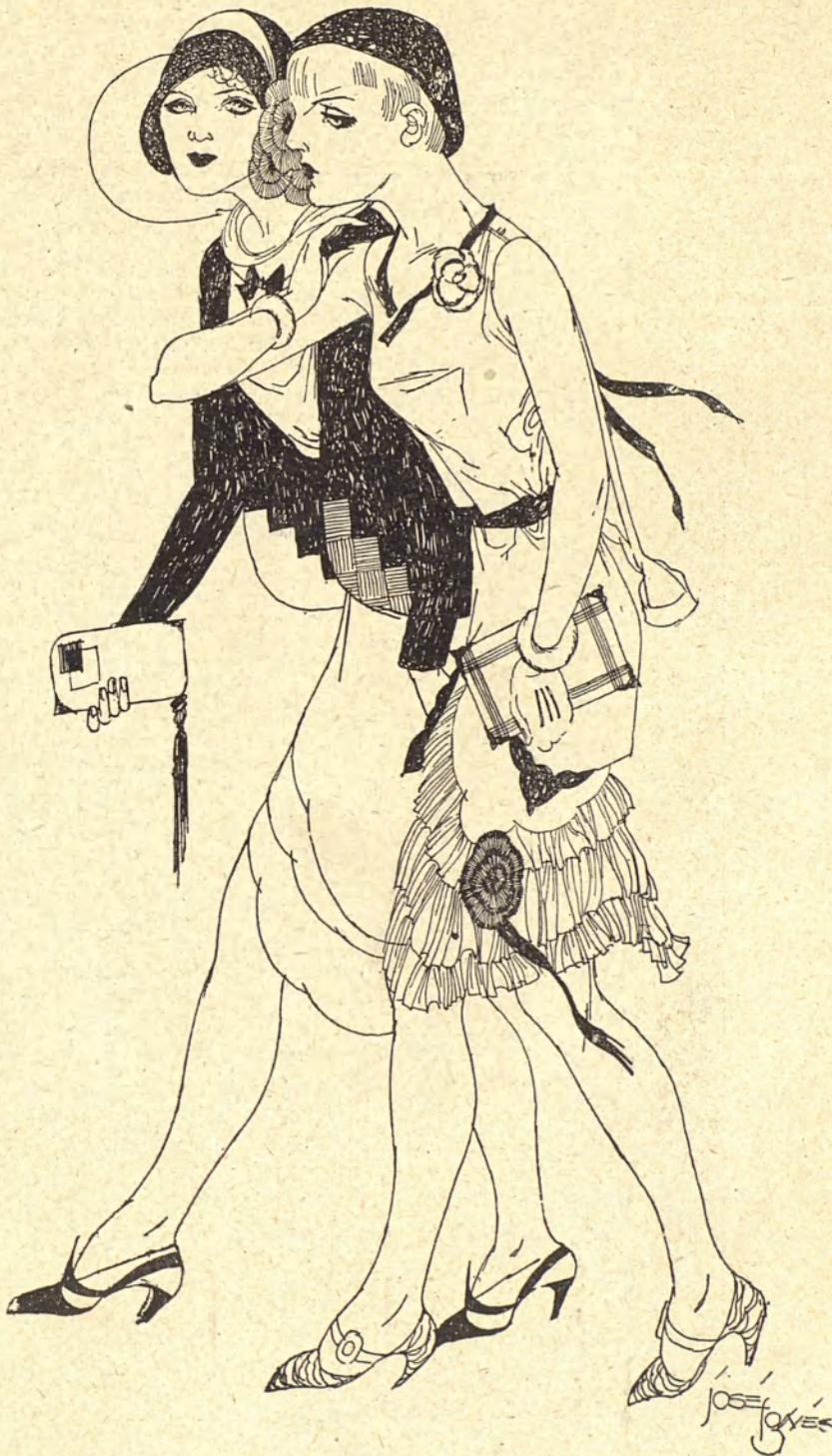
ANTONIO PLANIOL

OROCREMA
ALMENDRAS

EL JABÓN POPULAR
REFRESCA LA PIEL



LOS
PERFUMES
DE TASARA
BADALONA



—¿Qué tal tu viaje por Venecia?

—Mal, chica. Cuando llegamos estaba toda la ciudad inundada y tuvimos que andar en barca.

Dib. FOGUES.—Valencia.

CUÁDROS AL FRESCO

—¿A dónde vas, Celedonio, con esas medias de seda?

—Es lo último que me queda de mi tercer matrimonio. Miento. Me queda también la huella en esta mejilla de un golpe que mi costilla me dió con una sartén.

—Y claro, tú, *pa* consuelo de tu vejez prematura le llevas eso a la Chelo, la prima de Juan Segura, que es talmente un caramelo.

—Te engañas. Yo desde el día en que murió aquella grulla no quiero a ninguna *tía*,

no vaya a ser que concluya haciendo lo que la mía, vamos, que a palos me fría. ¡Que pegue a una prima suya!

—Entonces ¿adónde vas con esas medias que estás, pero que haciendo *el Colás*. Ya me lo estás explicando, que tú a mí no me la das. Y ahora que me estoy fijando: ¡Traes un sostén, además!

—Y mira, de regatón, lo que llevo a previsión envuelto en esta cortina.

—Si es una *combinación*.

¡Niega que se trae *combina*, so pendón!

—Y lo niego una y mil veces. ¿Tú ves todas estas telas con las cuales hay con creces *pa* cubrir las morbideces de nueve u diez damiselas? Pues yo mismo se las voy a poner a *cá* gachí de las varias conque *estoy* citado cerca de aquí. ¡Vamos, si te doy así!

—Te aseguro por quien soy que no hay *libiandez* en mí. Al contrario. *Tiés* delante a un moralista, a un asceta de *conduta* edificante; a una persona *correta*; *cuasi* a un *caballero andante*, aunque sin una peseta.

Y estas prendas conque ves que mancho mis manos puras, *pa* lavármelas después, tal como en las Escrituras afirman que hizo Moisés. ¿Sabes a dónde las llevó? ¿Sabes a quién las dedicó? A las cien Venus y pico que hay en el Certamen nuevo de Pintores, Federico.

La otra tarde a verlas fuí, y avergonzado salí.

Señores, qué desparpajo. Que mujeres hay allí.

Todas sin un mal refajo. Boca arriba. Boca abajo.

De mil hechuras las vi. Me dió una vuelta el Museo;

Sentí un extraño mareo; y como soy hombre listo

y en la Moral me recreo, pensé: "Yo no me maleo."

Yo a estas *gacholis* las visto. Y allá voy con esta ropa.

Me esconderé tras las puertas, y al ver las salas desiertas,

a vestir aquella tropa de señoras descubiertas.

Y si ante tan noble acción, alguna se me desmanda,

y en paños menores anda por el *parqué* del salón;

par qué te voy a contar lo que allí va a suceder.

Me la llevo a merendar; y hago de ella mi mujer,

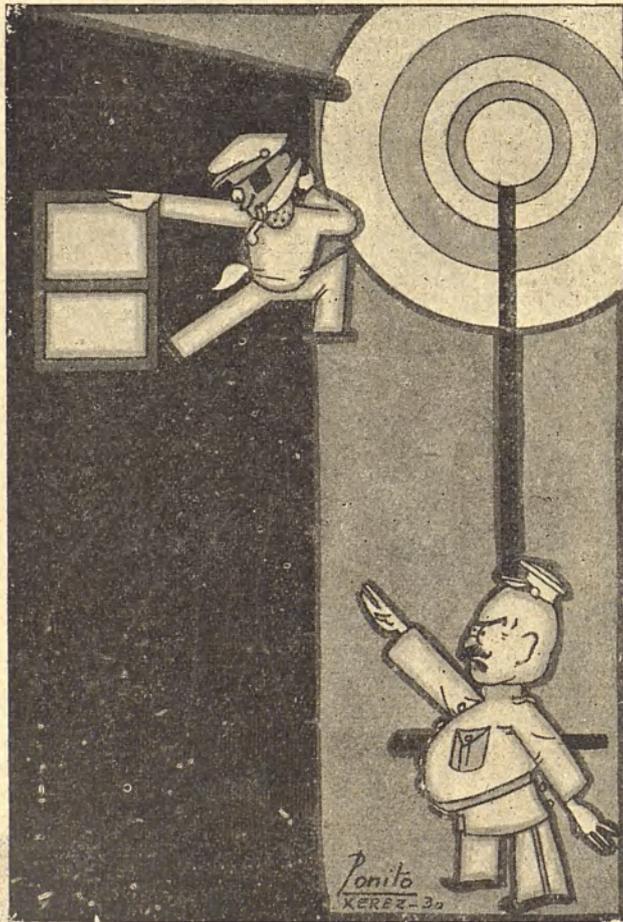
si se deja conquistar. —¿Qué me dices?

—*Cuasi* nada.

—Tu mente está perturbada.

—Al contrario. *Mu* normal.

Y si intento cosa tal, es porque yo, camarada, maestro en la *lig* conyugal, ¡sé que la mujer pintada es la mujer ideal!



—¡No, guardia, no, yo soy fontanero!

—¿Sí? ¿Y el cuchillito?

—Es para cortar el agua.

Dib. PONITO.—Jerez.

JAVIER DE BURGOS Junio, 1930.

EL HUMANITARISMO

Hoy por hoy ninguna vivienda progresa tanto y se construye con tantos adelantos científicos como las cárceles. Hemos visto no hace mucho una norteamericana y otra francesa: y da gusto verlas. Dan ganas de ir allí.

El sistema "penitenciario" es el que menos penitencia impone a los humanos y el único que parece resolver con seriedad la cuestión de las casas baratas.

Las cárceles, señores, son las únicas viviendas que pueden, hoy por hoy, ser presentadas en cualquier congreso de urbanización como viviendas modelos. Ya saben que la cárcel de Madrid fué, desde que se construyó, llamada "Cárcel modelo". Era modelo de cárcel, ¿por qué? Por sus comodidades y adelantos. No es que fuera modelo de cárcel, nada de eso. Una cárcel verdaderamente modelo habría de ser una cárcel donde todo estuviera dispuesto para demostrar al delincuente que la delincuencia no es un negocio; que le tiene más cuenta ser honrado. Pero no hay tal. La cárcel modelo es una cosa científica, perfecta, situada en el mejor sitio de Madrid, en donde se dan las comidas con una puntualidad rigurosa y en donde unos jardines rodean el inmueble, como en cualquier hotel de lujo.

Pasa lo mismo en las cárceles extranjeras. Todo está sometido a estudio, a desinfección, a higiene, a precisión moderna y depurada.

Y es que el presidiario tiene a su favor lo que no tiene el hombre libre: el humanitarismo.

Como ustedes no sabrán, probablemente, lo que quiere decir "humanitarismo", lo vamos a explicar en tres palabras: El humanitarismo consiste en tener una piedad excepcional por todo el que es granuja, o bruto o forajido.

Si es usted un hombre honrado, y recto, y trabajador, y resignado, no se ocupa nadie de usted: no es necesario. Le suben el trabajo, y el alquiler, y los comestibles, y los trajes; pero, si no sube usted la voz, no le suben a usted el sueldo. Y si sube usted la voz, le bajan a usted los humos, ya con cesantía o prevención, ya con multa o cuatro palos.

Puede usted morir de hambre; eso da igual. No le hace caso a usted nadie. Pero en cuanto usted roba tres trajes,

o se lleva cuatro arrobas de garbanzos, o le abre en el abdomen un ojal a cualquier persona pudiente; en cuanto funda usted un Huerto del Francés, o tira usted al blanco y a los blancos, y va usted a la cárcel, entonces la piedad del "humanitarismo" compasivo eleva, plañidera, los brazos a las nubes y gime, derritiéndose de pena: "¡Pobrecitos infelices!... Hay que mejorar su suerte... Es preciso que esos hombres puedan rehacer su vida por medio del trabajo... Que puedan, los pobrecitos, si hacen méritos, tener una familia y una casa y aprender un oficio productivo para que sostengan a los suyos trabajando."

Ellos, los pobrecitos presidiarios, ha-

bían ya tenido mucho antes una familia, o dos o tres, y toda su aspiración se había reducido precisamente a eso: a querer sostener a todas, a poder trabajar en un oficio para sostenerse en la vida, lo mismo que otros muchos que tienen pan, y postre, y gramófono, y radio, y bailarina.

Pero el "humanitarismo" en esos casos no interviene. El "humanitarismo" no protege nunca al hombre: protege al que no es hombre o tiene poco de hombre. En cuanto aparece el hombre chimpancé, que se come los niños crudos o destripa a los viandantes, surge el humanitarismo, y exclama: "¡Pobrecito!... ¡Qué bestia es!... ¡Educadle, por Dios!... ¡Hay que



—Chica, Roberto es riquísimo; y lo más notable es que, cuando empezó a hacer fortuna, no contaba más que con su inteligencia.

—¿Sí? No creí yo que se pudiese empezar con tan poca cosa.

Dib. Picó.—Madrid.



—Lo que yo necesito, para darle trabajo en mi tienda, es saber si es usted un hombre honrado.

—Eso se lo puede usted decir a mi amo anterior, que tenía una casa de baños, y en seis años que estuve a su servicio no tomé ni uno solo.

Dib. TROFF.—Albacete.



—Bailando con usted, marquesa, me acuerdo de mi juventud.

—¿Por qué, querido marqués?

—Porque fui cargador de muelle.

Dib. DELGADO.—Barcelona.

hacerle hombre a la fuerza!" En cuanto nace un idiota, vuelve a surgir el humanitarismo: "¡Pobrecitos!... Hay que fundar escuelas especiales..." En cuanto un mulo se cae o un buey se perniquebra, en cuanto a un perro le pisan o frien a un gorrión, nace el humanitarismo: "¡Pobrecitos animales!... Hay que fundar una sociedad de protección... Hay que hacer un cementerio para perros..."

Al único que no hay que hacerle nada más que fastidiarle, es al hombre. Al hombre le cargan de contribuciones, le ponen todo carísimo, le regatean el sueldo, y cuando se lo dan, le aplican un descuento..., y suda tinta. Está prohibido vender pájaros fritos, pero al hombre le pueden freír y hasta achicharrar vivo a cualquier hora.

Por eso tienen las cárceles tantos partidarios y una protección especial. Se le dedican presupuestos especiales, sabios especialistas y construcciones *ad hoc* con todos los adelantos. No falta nunca la comida ni el médico, ni la enfermería, ni la ventilación, ni las horas de recreo, ni el traje de verano y de invierno.

Si les faltara a los presos cualquiera de esos detalles, ¿no protestaríamos todos? ¿Qué dirían, sin embargo, si presentáramos nosotros al Gobierno una instancia, proponiendo que se dieran a los hombres que andan sueltos y que no tienen fortuna para proporcionarse las ventajas de una cárcel idénticas ventajas que a los presos?

¿Qué pasaría, lectores, si pidiéramos todos para todos, para los que no han hecho nada malo en el mundo, una habitación ventilada, con jardín, buenas vistas, ropa de cama y comida y dos trajes, por lo menos, de invierno y de verano, a más de varios criados para que les lleven gratis, dos o tres veces al día, una escudilla de algo que se come y que incluso ha sido previamente calentado en un fogón?

¿No nos dirían que eso es imposible; que no se le puede dar tanta gollería al que no hizo en este mundo cosa alguna?

Es preciso dar motivo para que el humanitarismo pueda tener un hecho como punto de apoyo para proteger a quien sea: es preciso que rebanemos el pescuezo a unos o a otros; que nos comamos a cuatro niños crudos; que saquemos las mantecas a dos o tres ciudadanos: tendremos, en el acto, casa, comida, criados, madrinas y sociedades de protección que nos compadecan y ayuden.

MANUEL ABRIL



—¿Por qué no invitas a tu boda más que a los hombres casados?
 —Por economía; ellos me hacen regalos, y no tengo que corresponderlos.

(De *The Passing Show*.)

Chistes de todo el mundo

—¿Qué tal le va en su nueva vida de matrimonio?

—Antes de casarme, mi mujer escuchaba mientras yo hablaba. Durante la luna de miel ella hablaba y yo escuchaba, y ahora los dos hablamos y los vecinos escuchan.

(De *Hummel*, Hamburgo.)

—¿Qué te pasa? Parece que estás enfermo.

—No puedo dormir. Tengo que pagar una cuenta mañana.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—¿Puedes prestarme lo que necesito?

—No; pero puedo recomendarte una medicina para que puedas dormir.

(De *Ulk*, Berlín.)

El dependiente.—Yo trabajo más que

Miller y él gana diez libras más que yo al mes.

El jefe.—Eso no es justo. Desde el mes que viene, Miller ganará diez libras menos.

(De *El Paso Tèmes*.)

El domador de leones y su mujer están apoyados sobre los barrotes de la jaula.

El amigo.—Por nada del mundo ocuparía yo ese lugar.

El domador.—¡Oh, a todo se acostumbra uno!

El amigo.—Pero los leones son los leones...

El domador.—¿Leones? Creí que me hablaba de mi mujer.

(De *Lustiga Blaetter*, Berlín.)

Este anuncio estaba colocado en un

vapor de recreo que pertenece a cierta Compañía de navegación:

“Las sillas de las cabinas son para las señoras. Se ruega a los caballeros no hagan uso de ellas hasta que las señoras estén sentadas.”

(De *Scarborough Post*.)

—Es una idiotez ir a una boda.

—Entonces ¿por qué vas?

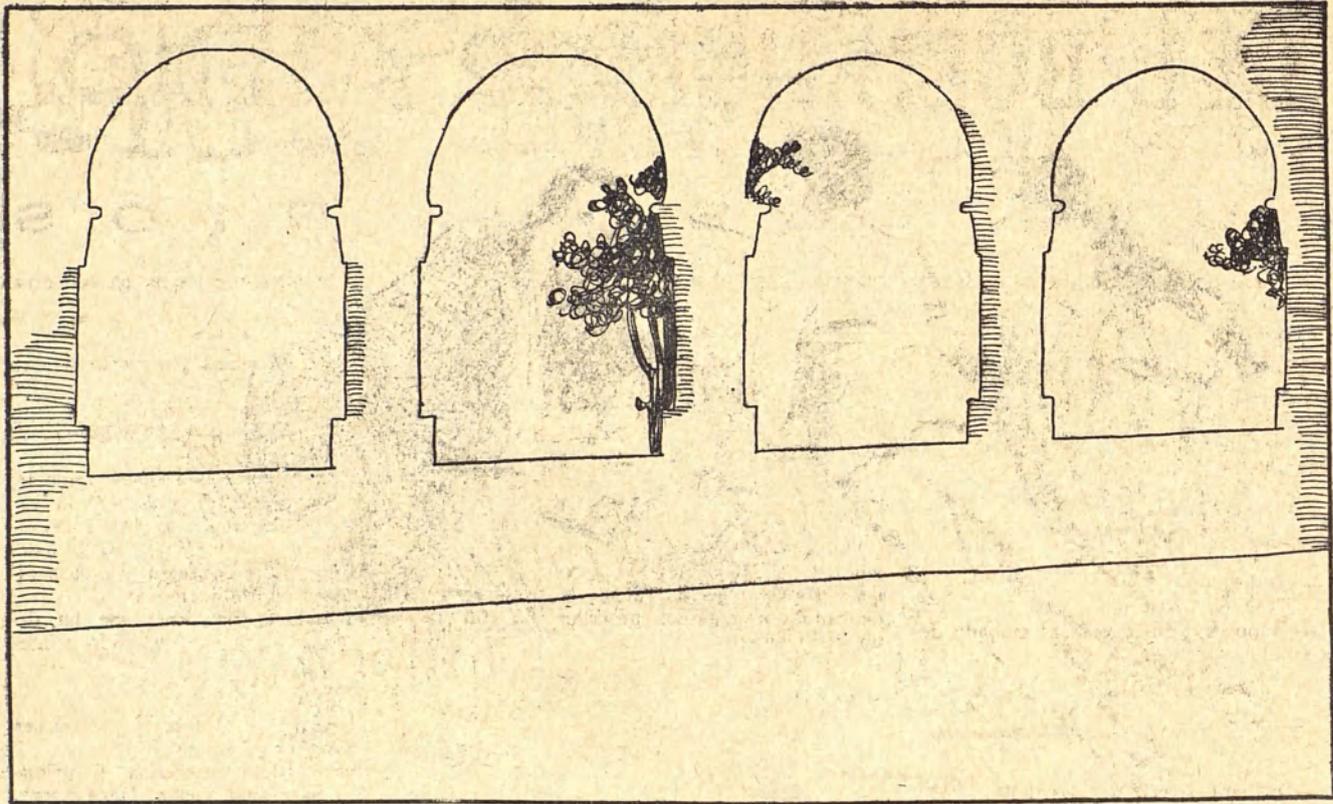
—No tengo más remedio. Soy el novio.

(De *Pages Gaies*, Iverdon.)

El encargado del hotel.—¿Quiere usted la habitación con agua corriente?

El viajero.—¿Agua corriente? ¿Se cree usted que soy un saltamontes?

(De *Nebelspalter*, Zurich.)



NUESTROS CONCURSOS

El del mes de noviembre

El concurso de este mes es, como van ustedes a ver, sencillísimo. Se trata de lo siguiente: Estos diez frailes estaban en el patio del convento hasta que sonó una campanita y tuvieron que irse todos a comer; pues bien, no hay más que averiguar cómo estaban colocados antes de que la campana sonase, para lo cual habrá que recortar los frailes y pegarlos sobre el dibujo que representa el patio del convento.

Ni más ni menos. Esmérense ustedes mucho, porque este mes hay

DOS PREMIOS DE CIEN PESETAS

Las soluciones pueden enviarse a esta Redacción, hasta las ocho de la noche del día 30.



DEL BUEN HUMOR AJENO

C U E N T O S J U D I O S

El viejo Jacob, que agoniza, rodeado de la esposa y sus cuatro hijos, hace un signo con la mano a su mujer, Sara, la cual se le acerca.

—¿Está aquí Samuel?—pregunta débilmente.

—Sí—responde Sara.

Y después, tras una pausa, vuelve a preguntarla:

—¿Y Moisés?

—Sí; también está.

—¿Y Raquel?

—También, también.

—¿Y Aarón?

—También, hombre.

—Entonces, ¿quién está al cuidado de la tienda.

Un judío va un día en busca del rabino y le dice:

—Quisiera hacerle una pregunta. ¿Está permitido recoger un sábado una moneda de oro que encontramos en el suelo?

El rabino reflexiona acariciándose la barba.

—No sé qué te responda, hijo mío. En primer lugar, hoy no es sábado, y en



—¡Caray!, es una señora la que viene a salvarme... Tendré que tirar la maleta para quitarme el sombrero.

(De Le Rire.)

segundo lugar, no veo ninguna moneda en el suelo.

Isaac acaba de recibir dos pipas de vino que le ha vendido su amigo Salomón. Con gran sorpresa, comprueba que están medio vacías, y se dirige precipitadamente a casa de su amigo.

—¿Qué te pasa, Isaac? ¿Estás incomodado?

—Mis motivos tengo para ello. Figúrate que acabo de recibir el vino que me has enviado, y he comprobado que las pipas están medio vacías. No es muy delicado que digamos proceder así con un viejo amigo.

—Me sorprende lo que dices, Isaac. Te aseguro que he atendido especialmente tu pedido y que lo he revisado personalmente. Te juro que las pipas estaban medio llenas cuando salieron de aquí.

Un judío entra en un restaurante y pide una abundante comida. Pero cuando llega el momento de pagar, se ve obligado a confesar que no tiene una perra gorda. El dueño se encoleriza.

—No se enfade usted—dice el judío—. Voy a salir a pedir limosna y, ¡palabra de honor!, dentro de una hora estoy de vuelta y le pagaré la comida.

—¡Cómo! ¡Se creará usted que voy a esperarle!

—Entonces, si no tiene usted confianza en mí, no tiene más que venir conmigo y le entregare en seguida las limosnas que reciba.

—¿Qué dice usted, hombre? ¡No se le meterá en la cabeza que yo vaya a pedir limosna con usted hasta cobrarme la comida!

—Pues entonces, si no quiere usted acompañarme, aquí tiene mi sombrero. ¡Váyase usted solo a pedir limosna!

El viejo avaro Schmul se ve acosado un día por un pobre.

—¡Vaya unos modales!—exclama Schmul—. Váyase a pedir a su ciudad.

—¿Cómo sabe usted que no soy de aquí?

—Si fuera usted de aquí sabría que no doy nunca nada a nadie, y no vendría a pedirme.

Wormser toma un baño la víspera de Santiago y piensa:

—¡Qué de prisa corre el tiempo! ¡A

quien se le diga que ya ha pasado otro lustro!

—Dígame, Mosché: ¿es cierto lo que dicen?

—¿Y qué dicen, Aarón?

—Que su cajero se ha fugado con la caja y con su hija.

—Es verdad. Pero, afortunadamente, el bueno del muchacho ha sentido remordimientos y ha comenzado a devolverme poco a poco lo que se ha llevado.

—¡Ah! ¿Quiere decirse que le ha mandado a usted algún dinero?

—Eso todavía no. Pero me ha devuelto a mi hija y ha prometido reintegrar lo que se llevó.

David Mayer y Moisés Hirsch siguen el entierro de su amigo Blum.

—¡Pobre Blum!—exclama el primero—. No ha tenido suerte. Hace apenas tres meses que se había hecho un seguro de vida, y ya ves, se ha muerto anteayer.

—Te lo tengo dicho, Mayer: Blum ha tenido siempre muy mala suerte para todos los negocios.



—¿Qué le ha pasado?

—Que quise dejar mi "auto" en la plaza, y un individuo se opuso; discutimos... y... eso es todo.

—¿Por qué no llamaste a un agente?

—Porque lo era él.

(De Hummel.—Hamburgo.)

EL BUEN HUMOR DEL PUBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente *al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte*, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: "Para el Concurso de chistes."
 Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.
 Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.
 ¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

Un guardia denuncia a un hombre (que no puede hablar bien) porque ha atropellado a una mujer, y le dice:

—Le denuncio por no llevar freno.

A lo que responde el de la bicicleta:

—Pero ten... ten... go fre... fre... nillo.

M. Wu (Valencia).

—¿Cuál es el animal que mejor se domestica?

—El mosquito, porque sólo con pisarle hace uno lo que quiere con él.

Urbis (Madrid).

—¿Pero es verdad que te has batido?

—Sí; con Pérez; por cierto que cuando vió que la cosa iba de veras, agarró las espadas y salió corriendo con ellas.

—¿Y no te las ha devuelto?

—Las espadas, no; lo que me volvió fueron las espaldas.

Gandumbas (Bilbao).

Un señor fué a una zapatería a probarse calzado y no llevaba calcetines, y el dueño de la zapatería le dice irónicamente:

—¡Buenos calcetines lleva usted! ¡Esos no se le rompen en la vida!

A lo que el señor, que era un fresco, contestó:

—No lo crea usted; llevo unos calzoncillos con la misma tela, y ya se me ha hecho un agujero.

K. K. O. (Castellón de la Plana).

El premio correspondiente al chiste del número anterior ha sido adjudicado al siguiente:

Un inquilino que por su situación no puede pagar el alquiler de la casa, es llamado por el dueño, y le dice:
 —Llevaremos la carga a medias. Haga usted cuenta que olvido la mitad de lo que me debe.
 —Agradezco su atención, y queriendo corresponder a ella yo olvido la otra mitad y así... ya estamos en paz.
 Cortiguera (Vigo).

LA HORRA

Presenta las últimas creaciones en sombreros para señoras y niñas.
 FUENCARRAL, 26, y
 MONIERA, 15, primeros

La mejor casa de España en su género



El italiano.—Es imposible, señor, que usted pueda ver toda Roma en dos días.

El americano.—Todo es posible, porque dividimos el trabajo: mi mujer visita las iglesias y yo los museos.

(De The Passing Show.)

El pintor, entusiasmado, al mozo que le trajo el baúl.—Mire qué hermoso aguafuerte. ¿No le gusta?

—Para mí, señorito, no le hay "aguafuerte" como el "aguardiente".

Aturuxo (Santiago de Compostela).

En el hospital de Sevilla explicaba un profesor a sus alumnos:

—El cáncer que este enfermo presenta es muy corriente en los músicos.

Acto seguido pregunta al enfermo:

—¿Cuál es su profesión?

—Soy músico.

—¿Ustedes ven? Este es un caso ejemplar de lo que explicaba antes.

—¿Qué instrumento toca usted?

—Toco el tambor.

"La pandilla" (Sevilla).

RADIOTELEFONIA

Aparatos de galena desde 5 pesetas. Aparatos de 1 a 7 válvulas

Aparatos para corriente industrial

ROMERO.—Fuencarral, 68.

Ir por lana...:

Una señorita quiso burlarse de un joven muy flaco, y mientras estaban comiendo le da un pedazo de carne y le dice:

—Ahí tiene usted algo de lo que le falta.

El joven, que ve la burla, le da un pedazo de lengua fiambre y le dice:

—Ahí tiene usted algo de lo que le sobra.

J. F. (Barcelona).

MATO.—Joyería-Arenal, 9

Entre amigos:
—Hace tiempo que escribo a diario todo lo que pienso.
—¿Y has escrito mucho?
—¡Oh, sí!... Ya he llenado dos tarjetas postales.
Arturo Liendo (Bilbao).

DANDY

Crema para el calzado
Carrera de San Jerónimo, 14

Trabalenguas:
Amadora y Amador se amaban amadamente; era su amoroso amor feliz amorosamente. Los amores de Amadora hacia su amado amoroso no eran amor de una hora: era eterno y delicioso. Los dos juraron amarse, y los amantes se amaron; su amor los hizo casarse, y sus amores juntaron. "Yo te amaré, mi Amador", dijo Amadora a su amado.

Vicente Fernández

SASTRERIA
La predilecta del público madrileño
:: Siempre novedades ::
Trincheras - Gabardinas
9, Espoz y Mina, 9

Amarse es encantador.
"Cupido lo ha sentenciado".
León Cembrano (Madrid).

Un andaluz refería a unos amigos un viaje que había hecho en aeroplano.

Uno de ellos le pregunta:
—Oiga ozté, compare, ¿y qué ze ziente cuando ze está arriba?

A lo que contesta:
—Home, zi le zoy a ozté franco, lo único que yo zentí fué el haber zubió!
Kar-Denales (Almería).

«CAFÉ VIENA»

Luisa Fernanda, 21.
(Esquina a Mendizábal)
Espléndidos salones y lujosos servicios para bodas y banquetes.
Conciertos tarde y noche. ORQUESTA
Teléfono 36298

El anciano.—Es usted el señor Jimeno, ¿verdad? Mi nieto trabaja en las oficinas de usted.

El señor Jimeno.—¡Ah, sí! Precisamente, el otro día me dijo que venía de su funeral.
Antonia Giner (Valencia).

—¿El colmo de un hambriento?

—Comerse medío "París".
L. A. (Madrid).

En el boxeo:
Uno del público.—¿Y cómo ese púgil se deja dar tantos puñetazos en sus dientes de oro?

Otro del público.—Es que cuando termina el combate entrega a los espectadores unos prospectos anunciando que su padre es el mejor dentista del mundo.

Ardura.

Por si acaso:
—Oiga, camarero. ¿Cómo es que no está el gato por ahí?

—Ayer se murió, señor.
—¡Qué lástima, caramba! ¡Tan bonito que era!... Oiga, en vez del guiso de liebre que le pedí, tráigame una tortilla de dos huevos.

J. F. (Barcelona).

Novios:
—¿Me amas de veras, pichona mía?

—¡Ya lo creo! De todo corazón.

—Pues bien; toma este billete de mil pesetas y cómprate la sortija que me pediste.

—¡Pero si este billete es falso!

—¡Vamos! Ya veo que no me amas, porque el verdadero amor es ciego.

Sin. Ver. Güenza.
(Barcelona).



—¿Has roto las relaciones con tu novio?
—Sí; no voy a casarme con un hombre que tiene la nariz rota.
—Pues ¿qué le ha ocurrido?
—Que le di un golpe en la nariz cuando le estaba enseñando a jugar al golf.

(De London Opinion.)

CUPON

correspondiente al núm. 466 de
BUEN HUMOR
que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos

CANAS



Invento Maravilloso

para volver los cabellos blancos a su color primitivo a los quince días de darse una loción diaria. Su acción es debida al oxígeno del aire. No mancha ni la piel ni la ropa. Se aplica con la mano como una loción cualquiera. La caspa desaparece rápidamente. Cuidado con las imitaciones
De venta en todas partes

LABORATORIO
CASPE 32
BARCELONA

JESUS

GRAN MERCERIA

Especialidad en géneros de punto y bolsos. Cupones con regalo. Casa prestigiosa que recomendamos a nuestros lectores.

BRavo MURILLO, 11

La Helvética

Serrano, 53.-Teléfono 50608

Una de las vaquerías más antiguas y prestigiosas de Madrid. La pureza de la leche de sus magníficas vacas le han conquistado justa y merecida fama.

MATO.-Joyer.-Arenal, 9



Correspondencia muy particular



N. L. V. (Cádiz).—¿Dice usted que si le rechazamos el cuento el disgusto le va a costar quince días de cama?... ¡Pues ya puede usted irse acostando!...

Popy (San Sebastián).
Sus versos catastróficos, amigo estimadísimo, sería cosa estúpida quererlos publicar.
¡Y allá, en los hondos ámbitos del cesto apocalíptico, hechos menudos átomos, se han ido a reposar!...

O. G. (Almería).—Los chistes serán aprovechados. Lo otro, que le aproveche a usted.

A. B. C. (El Escorial).—No sirve, aunque desde luego es algo menos idiota que el anterior desahogo que tuvo usted la villanía de confeccionar.

A. M. S. (Granada).—El dibujo no está mal, y el pie puede pasar también. Se publicará con relativo placer.

N. C. T. (Valencia).—Es usted un besugo con "trinchera".

H. M. (Madrid).—Su "Trasatlántico veloz" se ha ido a pique después de correr en esta Redacción un temporal del que no tiene usted idea.

T. D. L. (Játiba).—Se publicarán algunos "monos", solamente para animarle a usted

a que siga perfeccionándose en su arte.

M. S. B. (Murcia).
No he visto en mi larga vida sandez más bien conseguida.

E. L. P. (Teruel).—Es más intolerable que la tiranía que reina en Venezuela desde hace luengos años.

H. R. (Madrid).—Se insertará lo suyo con muchísimo gusto. Saludo afectuoso.

Antón Perulero el Verdadero (San Vicente de la Barquera).
No sirve ninguno de sus pésimos dibujos. Y no sirve que usted se empeñe en que sirvan. Estamos segurísimos de que no servirán nunca.

T. J. C. (San Sebastián).—De sus diez obras de arte aprovecharemos una, y ya está bien.

Ramona (Cartagena).
Las cuartillas de Ramona no están bien más que en "Ces-
[tona".

R. M. (Barcelona).—Tanto las "Futboleras", como la "Narración vanguardista", como los "Fragmentos de un diario", como la "Carta de un oficinista a su esposa veraneante", como la ligeremente apastosa ingeniosidad titulada "Por un puñadito así...", no llegan a la perfección que aquí

anhelamos para entrar en tiernas relaciones con los colaboradores espontáneos... Lo sentimos... Otra vez será...

Mariano (Burgos).
La narración de Mariano es una asquerosidad.
¡Uf, que asunto más marrano!
¡¡Rediez, qué brutalidad!!

Zoque (Madrid).—Encantador amigo Zoquete: vista la modestia de usted, al adornarse con ese seudónimo tan acertado, nosotros no tenemos nada que añadir. Estamos absolutamente conformes, y no hay para qué hablar más de la cuestión.

J. Menéndez F. Ujo (Asturias).—Sus dibujetes no se encuentran a la altura debida para poder aspirar al altísimo asiento de la inmortalidad, que dijo el otro.

E. V. S. (Albacete).—¡Vil eres hasta en tus crímenes!
¡Ah! ¡Y la prosa, aunque parezca imposible, es todavía más vil que tú!

B. C. M. (Bilbao).—¡Pero, hombre de Dios!... ¿Imitaciones de Ernesto Polo a estas alturas?... Y entonces, ¿qué quiere usted que haga Ernesto Polo? ¿Imitarle a usted?...

R. F. S. (Segovia).—Su cuento "El padre" no nos acaba de entusiasmar, dicho sea con to-

dos los respetos que un padre merece.

Zancada (Gerona).
El trabajo de Zancada se merece una patada.

Q. B. G. (Madrid).—No podemos tomar su "Específico contra las hemorroides". Estamos seguros de que no nos aliviaría ni tanto así.

Hay que ver (Barcelona).
Hay que ver, hay que ver las cosas que hace un hombre que no tiene qué hacer...

C. D. N. (Madrid).
He dicho ya muchas veces en esta misma sección que no admitimos sandeces ni al por menor ni en montón.

El coronel Suárez (Sevilla).
No tiene el más mínimo átomo de gracia, mi coronel.

P. C. L. (Madrid).—Tanto la parte literariamente festiva, como los "monos" que ilustran el texto, se parecen en el procedimiento a una cosa que se sacó de la cabeza nuestro egregio colaborador Sama, cosa que apareció en un día no lejano en las columnas de BUEN HUMOR y que ahí sigue para pánico (y hasta para pulmonía doble) de las generaciones futuras.



MARCA REGISTRADA

CANAS BRILLANTINA INDIA

Sin teñir, desaparecen usando

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE HIGIENE

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PESETAS FRASCO

Por mayor: JOSE BARREIRA. — Calle Muñoz Torrero, 6. — MADRID



CREMA

LIDA

RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

Compañía General de Artes Gráficas.—Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

BUEN HUMOR



Ayuntamiento de Madrid

—¿Hizo usted sudar al enfermo como le indiqué?

—Me fué imposible, porque se quedó helado cu ando le dije lo que cobraba usted por visitarle.